



---

ROBERTO JUARROZ Y EL ESPACIO POÉTICO  
COMO UNA METAFÍSICA DEL SILENCIO

Juan Pablo Ortiz-Hernández (México)<sup>1</sup>

---

RESUMEN

Los poemas de la primera a la novena *Poesía vertical* del argentino Roberto Juarroz, se inscriben en una búsqueda a través del lenguaje, de eso que el poeta ha llamado el “silencio”; residiendo éste, en las inmediaciones de la noción heideggeriana tanto de lo posible como de lo que le resulta imposible -al poeta- también re-crear. En el presente trabajo se pondrá de manifiesto el sentido que, para el poeta, tiene la existencia como una metáfora del aislamiento; además, pondremos en juego las delimitaciones del ser dentro del proceso nihilista de Juarroz, como una propedéutica de la intuición, donde es el silencio la pauta que lo lleva a re-plantear un mundo posible, y así, ver si la realidad resiste o, simplemente se quiebra sin dar lugar para la recomposición. Todo lo anterior para presenciar cómo Juarroz se inscribe en una poética del “brindar” muerte a todo el devenir como una propia filosofía de la metáfora, su metáfora; una metáfora del tiempo y el destiempo; de la muerte y la vida; de la soledad, la ausencia del centro y el propio silencio.

*“Lo metafórico no existe  
más que en el interior  
de la metafísica”*  
M. Heidegger

---

<sup>1</sup> Licenciado en Letras Hispánicas por la U. Autónoma de Guadalajara, obtuvo el Diploma en Creación Literaria por la Sociedad General de Escritores Mexicanos. Cursó la maestría en literatura española medieval por la U. de Calgary. También, ha realizado estudios en el programa de maestría en Filosofía y Lógica en la UAG. Impartió cátedras de Semiótica y literatura en la U. de Arizona y la U. Panamericana. Ha publicado los poemarios "El sueño del dinero escarabajo y otros poemas" (2004), "Ante la oscuridad" (2005) y "De no pedirle al viento la noche, hoy en el silencio" (2007), además de artículos en revistas especializadas. Cursa el doctorado en Letras Hispánicas en la U. de Calgary y enseña para esa institución.

La obra del poeta argentino Roberto Juarroz (1925-1995), contenida en su mayoría en una serie de volúmenes titulados *Poesía Vertical*, fue apreciada por distintos críticos como Octavio Paz y el maestro Antonio Porchia desde sus primeras publicaciones. De ésta se han escrito varias notas bibliográficas, así como numerosos artículos alrededor del mundo que la aprecian y halagan. La poesía de Juarroz destaca por su tono existencial que lo lleva a la búsqueda de los orígenes tanto poéticos como humanos. Con un lenguaje depurado, conciso, pero a la vez inclinado a explotar la semántica de cada palabra, la poesía de Juarroz tiende a una musicalidad pausada y a un ritmo alargado. Es notable, así, cómo en un solo verso se alude a un universo complejo por lo profundo del pensamiento en él expresado. Por tales motivos, a Juarroz se le puede considerar un poeta existencial. Graduado en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, recibió de esa misma institución una beca para realizar estudios de perfeccionamiento en La Sorbona, donde alcanzó, más tarde, el cargo de profesor titular. Fue director del Departamento de Bibliotecología y Documentación de la mencionada facultad, y ahí ejerció la docencia durante treinta años. Asimismo se desempeñó como bibliotecólogo para la UNESCO y la OEA en diversos países. De 1958 a 1965 dirigió la revista *Poesía = Poesía* y colaboró en numerosas publicaciones argentinas y extranjeras. Fue crítico bibliográfico del diario *La Gaceta*, crítico cinematográfico de la revista bonaerense *Esto Es* y traductor de varios libros. Señala Juan Pablos que, en 1980 fue invitado a París para la presentación de la más importante versión francesa de su poesía, editada por Fayard. Así también que, desde junio de 1984 fue miembro de número de la Academia Argentina de Letras, recibiendo, entre otras distinciones, el Gran Premio de Honor de la Fundación Argentina para la Poesía (1984), el premio Esteban Echeverría que concede anualmente la Asociación Gente de Letras de Buenos Aires por la totalidad de una obra (1984), el premio Jean Malrieu de Marsella (1992) y, en el año de 1992, el premio de la Bienal Internacional de Poesía en Bélgica (6). Su trabajo ha merecido abundantes estudios críticos y ha sido traducida a una gran cantidad de lenguas.<sup>2</sup>

Es así que su obra y, en particular, los poemas de la primera a la novena *Poesía vertical* -de los que aquí se trata- se inscriben en una búsqueda a través del lenguaje, de aquéllo que el poeta<sup>3</sup> nomina como “silencio”. Las ideas heideggerianas se hacen presentes, aludiendo tanto a la posibilidad como a la imposibilidad -para el mismo poeta- de re-crear a través del lenguaje. La poesía de Juarroz dialoga con la soledad como si fuese ésta un estadio en el cual el hombre ha descendido para esperar, en la esfera del tedio, a que la vida se renueve o siga siendo el mismo fraude que viene angustiando al poeta. Según Emanuel Levinas el rigor de la soledad consiste en el alejamiento de las relaciones transitivas donde el sujeto se da cuenta que se está, siempre, en compañía de “otro” para la interacción con el mundo (80). Es así, que el poeta se da cuenta que él no puede ser este “otro” y se lanza en la busca de posibles

---

<sup>2</sup> Las traducciones de la obra de Juarroz que han de reconocerse, son las realizadas por Michael Camus, Mary Crow, Fayard como también la de W.S. Merwin, por mencionar algunas.

<sup>3</sup> A lo largo del trabajo referiré al “poeta” en lugar de la “voz poética”. Esta elección -personalísima- tiene su base en la imprecisión que el término “voz” tiene para mí. Hablar de “voz”, “yo lírico” o “sujeto poético” presupone un alejamiento del autor, además que cae, muchas veces en confusiones con la noción de persona gramatical. Tanto G. Genette como M. Bal y S. Rimmon-Kennan han insistido en la idea narratológica de las voces que, para la novela o el relato, embona más apropiadamente, más no se ha profundizado, a conciencia, en la aplicabilidad o no de esa terminología al género poético.

respuestas sobre ese misterio intransitivo que es el existir; estadio en el cual no hay dinámicas de relación ni de intencionalidad: el poeta *es* soledad y, al parecer, el poeta se percata de ello. Hay una conciencia en Juarroz que le permite saber que todo es intercambiable menos el existir y, con ello, comprueba que *ser* resulta en aislamiento. Pareciera que existe una concepción de *mónada*<sup>4</sup> en Juarroz, ya que en sus poemas se percibe el sentido de indivisibilidad e *in-extensión* del sujeto. Así, sabiéndose *mónada* reconoce -sin querer hacerlo- que esta condición lo lleva a convertirse en todo un mundo desde su particular punto de vista. Hay una fulguración divina de la cual él se desprende y lo sabe, así, sin confundirse:

No quiero confundir a Dios con Dios.  
 Por eso ya no uso sombrero,  
 busco ojos en los ojos de la gente  
 y me pregunto qué es lo que no nos deja despertar,  
 mientras estoy aquí, entre paréntesis,  
 y sospecho que todo es un paréntesis.  
 [...] no quiero confundir a dios con dios. (I, 5)<sup>5</sup>

¿Cuántos paréntesis será que podemos encontrar, pues, en el discurso de este poeta? La soledad es uno de estos paréntesis. Hay espacios incommunicables por estar arraigados en su propio ser; el poeta busca el diálogo con estos espacios, pero su ampliación cognitiva y expresiva carece de efectos sobre su relación con el existir, ya que todo es interior en él. Incluso la noción de nombre que parece individualizadora carece de expresión potenciada. La soledad sólo le provee al poeta un re-conocimiento de lo otro y, así cuestiona la conversión de los hombres en “otros” a causa de estas las relaciones transitivas del sujeto con el mundo. Se muestra en la poesía de este argentino que la idea desgastada de conciencia moderna no puede “abdicar” -como diría Levinas- de manera fácil de su soledad o de su secreto -que es su conciencia- y es así que los siguientes versos destacan este postulado:

[...] Pero hay tanto humo repartido por el mundo,  
 tanta lluvia inmóvil,  
 tanto hombre que no puede nacer,  
 tanto llanto horizontal,  
 tanto cementerio arrinconado,  
 tanta ropa muerta  
 y la soledad ocupa tanta gente,  
 que el nombre que no tienes me acompaña  
 y el nombre que nada tiene crea un sitio  
 en donde está de más la soledad. (I, 18)

La palabra que no se nombra acompaña al poeta, pero al final, es palabra no hecha voz el deseo que inunda al poeta de encontrar un solo lugar, incluso, donde descansar, morir

---

<sup>4</sup> En cuanto tiene un significado distinto al de *unidad*, el término puede ser aplicado a una unidad real o inextensa, por lo tanto espiritual. Giordano Bruno adoptó el término en este sentido, concibiéndolo como *mínimum*, es decir, como la unidad indivisible, que constituye el elemento de todas las cosas (Drewermann, 19). El término usado por Leibniz para 1696, designaría la sustancia espiritual como componente simple del universo, sólo Dios es capaz de crearla o anularla. Toda *mónada*, para Leibniz, difiere de otra y constituye un punto de vista acerca del mundo (Abbaganano, 816). Para Husserl, la *mónada*, con connotaciones metafísicas y espiritualistas, representa armonía de *particulares* (Hirschberger, 436).

<sup>5</sup> Esa notación refiere a la *Primera poesía vertical*, poema número cinco.

o allanarse. Todo es rotunda soledad. Soledad que no atiende a una incomunicabilidad de contenido de conciencia sino a una unidad indisoluble entre el ente y su propia condición de ser.

Menciona Levinas que abordar el existir en el existente significaría encerrarlo en una unidad que lo sofocaría y, al mismo tiempo, permitir que Parménides escape de todos los parricidios que sus descendientes estuvieran tentados de cometer contra él (82). Así que esta premisa responde a que la soledad procede, en el poeta, del hecho insuperable de que hay existentes. La soledad en Juarroz no contrae de manera ontológica al existente dentro la existencia sino que lo postula de manera monadológica. El existente ha sido arrojado, en Juarroz, a un mundo que no le satisface y del cual busca salida por medio de la destrucción del mismo a través de la pregunta, del cuestionamiento o del perdón, sin que por ello el poeta triunfe en esta impronta. Todo lo contrario, el poeta mismo se ha dado cuenta del fracaso, incluso, del fracaso de la misma acción de preguntar:

Entre la zona de las preguntas  
y la zona de las respuestas,  
hay un territorio donde acecha  
un extraño brote.  
Toda pregunta es un fracaso.  
Toda respuesta es otro.  
Pero entre ambas derrotas  
suele emerger como un humilde tallo  
algo que está más allá de los sometimientos. (VIII, 61)

Y queda claro que la acción que, intrínsecamente, preña la pregunta es una acción transitiva, que demanda *objetos* que le revelan al poeta que puede tocarlos, respirar de ellos, presenciarlos, pre-sentirlos, pero no ser parte de éstos “otros”. Aquéllos, están allá donde el puente de la existencia les ha brindado independencia y revelan que el poeta no es el “otro”. Juarroz sabe de esta premisa y, es por ello que ha expuesto, de manera “disyuntiva”, sobre el problema de Dios que, aunque “se hable de Dios o no se hable, la realidad produjo al hombre porque algo en ella, en su fondo, misteriosamente, pide historias” (*Poesía y realidad*, 11). Reside, pues, en Juarroz una noción que presupone existencia a lo existente y es así que se reconoce como ente eyectado, buscando el regreso al origen, -si es que “existe”-. Es claro, entonces, que la soledad provee abandono y desamparo en el universo existencial del poeta. Es la existencia la que demanda la presencia del existente, aunque esto signifique, expulsión y, por lo tanto, aislamiento. Se necesita esta soledad, según Juarroz, para poder aspirar llegar al otro lado. Es por ello que dicha soledad, lo único que trae consigo es un método y no a la manera cartesiana sino uno más ancestral, más incrustado en las piedras de la memoria. Hay en las profundidades del mundo del existente, un reclamo de narración, de iluminación, de visión e, incluso, hasta de un argumento que los hombres deben dar al “otro”, habiendo o no otro sentido u otra dirección. Es por ello que el poeta se ciñe en esta búsqueda interior de un silencio que le responda o, aún más, lo potencie a responder; a responder por, con y, a pesar del “otro”; esa búsqueda del silencio que lo lleve a responder-se.

Juarroz en su estudio crítico *Poesía y realidad* reconoce que sin la poesía, como existente, se estaría perdido en una eterna búsqueda sin motivos. Ha mencionado

que la poesía, como sonido armónico de lo real<sup>6</sup>, es historia profunda, otra historia (12). La poesía, para el poeta, se opone a la historia de superficie, se convierte en “anti-historia”, se convierte en vómito de la “realidad” inhabitable, se convierte en catarsis de enfermedad irresoluta inaudible e inexorable. El espacio de la “superficie” de la cual habla el poeta ya no es un lugar digno de habitarse, porque la realidad lo ha sobrepasado, atentando contra éste y contra la periferia en la que el hombre moderno reside. Es así que el poeta hace diáfano y nítido lo anterior con estos versos:

Vomitarse el mundo,  
expeler su sustancia irreal y viscosa  
como el enfermo que se libera en una arcada.  
Y quedarse sin mundo,  
[...] y empezar la ferviente antihistoria  
de crear antimundos. (IX, 15)

Entonces, ¿cómo se aproxima Juarroz a un existir sin existente, a través de la destrucción del mundo y todo lo que ello conlleva? Juarroz propone el retorno al vacío de las cosas, seres y personas. Esta destrucción imaginada reside en la conciencia de que hay algo más detrás de esta especie de nada, pero el poeta tiene que ir en su busca para saber de qué se trata. Es así que la ausencia y la soledad misma le revela al poeta una conciencia, una intuición de la presencia en la cual puede encontrar plenitud y el silencio por el cual el murmullo del mundo implora:

La soledad es la usanza más difícil  
pero es la única y legítima madre,  
porque en ella se encuentra  
no sólo el amor a lo que existe  
sino también el amor a lo que no existe. (IX, 25)

Pareciera que esta soledad ya se ha vuelto impersonal, sea cual sea la razón que intente desecharla. Hay, entonces, un anonimato en Juarroz que es principio de toda su búsqueda. Tras toda negación del mundo reaparece esta atmósfera que envuelve al *ser* como un espacio primigenio en donde cabe la afirmación, y cómo no, la negación por ende.

Toda esta dinámica existencial, no tiene otro objetivo en Juarroz que denote recuperar la relación cristiana entre Dios y el creyente, sino poner en evidencia de una vez, la falta de sintonía entre lo humano y lo divino. Es esta última premisa a la que Juarroz atribuye, esta condición de indigencia que el existente ha abrazado, y no sólo como una visión pesimista de éste, sino como una aliciente para ver lo que realmente *debe ser* visto y hemos olvidado: la condición del existente y su enigmática correspondencia con el *ser*, -sin que esto signifique la fusión del uno con el otro-. Ya se ha visto que para Heidegger, la poesía se encuentra en constante relación con la Filosofía, tanto que las dos, de alguna manera, buscan explicar lo que es el *ente* en cuanto *ser* (46). La poesía, según el filósofo alemán, “está de camino al ser del ente, esto es, de camino al ente con la vista puesta en el ser” (46). Es así que Juarroz con una mirada de largo alcance y muy a la manera de Parménides<sup>7</sup> se resiste al devenir en una

---

<sup>6</sup> Juarroz se refiere al mundo del existente, el mundo de los objetos y las cosas.

<sup>7</sup> El ser es, lo uno es. La afirmación del ser se opone al cambio, al devenir, y a la multiplicidad. Frente al devenir, al cambio de la realidad que habían afirmado los filósofos jonios y los pitagóricos, Parménides alzará su voz que habla en nombre de la razón: la afirmación de que algo cambia supone el reconocimiento de que ahora “es” algo que “no era” antes, lo que

partida -desde cero- hacia ese retomar y re-elaborar la relación con la divinidad para poder así seguir reordenando el mundo que habita. Por ello, para que el ente tenga agencia, en Juarroz, es necesaria esta negación del devenir: para *ser* no se necesita el devenir. Es por ello que el poeta pone en cuestión la gastada idea de Dios o ¿dios? y, transita por este mundo de manera vertical hacia un extremo mayúsculo de esta *Idea* o al extremo minúsculo de la *otra*, indicando así que hay que negar la idea de Dios para proponer una nueva idea de Dios al mismo tiempo.

Para que este proceso sea posible, el poeta nos propone un discurso metafísico que, lejos del simbolismo desgastado de la poesía de sus compatriotas, alcanza lo absoluto a través de la noción de “posibilidad”. Sin apoyarse en símbolos, pues, Juarroz habla de la poesía desde la misma poesía; ya que no es posible definirla, como tampoco es posible definir el mundo en el que el ente habita. Lejos de la definición, Juarroz propone, la re-creación de espacios posibles, sin que esto tenga connotaciones neo-vanguardistas.<sup>8</sup> Sino todo lo contrario, Juarroz entra en el ámbito del absoluto y, es por ello, que el símbolo queda fuera de su discurso; su poesía no se apoya en ninguna alegoría retórica, sino en la cotidianeidad de la lengua para hacer de su obra un objeto más legible, menos rebuscado -escapando de esos artificios que remedan técnicas modernistas o de la vanguardia-, presentando así, una nueva visión del mundo y los objetos dentro de éste. El movimiento poético, en Juarroz, no es aprehendido desde fuera y, en cierto modo desde dentro del poeta mismo, sino desde dentro del propio moverse; hay una trayectoria vertical que latente, toca al poeta y lo despierta. La verticalidad pareciera habitar como una entidad independiente de la misma palabra y del poeta; es de esta manera que el movimiento, como el tiempo, ha dejado de ser representado como una línea horizontal, para plasmarse como una caída abismal que permite subir nuevamente y desplomarse otra vez evitando el centro, ya que éste, en Juarroz, no existe. Y si cabe la posibilidad de su existencia, el poeta la evita, corre de un lado a otro para no postrarse en éste. El centro funciona como la metáfora de la degradación y el hastío y, es por esta razón que el poeta atiende a una presencia, a una voz más allá de su propia racionalidad, una voz que dicta, que se “mueve” -sólo existe-

---

resultaría contradictorio y, por lo tanto, inaceptable. La afirmación del cambio supone la aceptación de este paso del “ser” al “no ser” o viceversa, pero este paso es imposible, dice Parménides, puesto que el “no ser” no es (Cf. Abbagnano: Tomo I, “La escuela Eleática” 28-32).

<sup>8</sup> Juarroz no se ve a sí mismo como un Dios que tiene la capacidad de crear mundos a partir de una reinención de la naturaleza. Es por tal razón que el Creacionismo huidobriano no podría encajar o, por lo menos, la idea central de emancipar el texto poético respecto del mundo real para hacer de él un objeto nuevo como un desafío y rivalidad contra la propia divinidad. En Huidobro se presentan dos órdenes opuestos: el natural y el verbal, cada uno con sus propias estructuras, símbolos y comportamientos (Schwartz, 100-103). Si bien es claro que con la vanguardia y, en especial, con el Creacionismo, la poesía conquistaba autonomía total, la postura arrogante de Huidobro viene a ser un elemento devastador para esta corriente, ya que el poeta pretendía postularse como el mejor y único poeta puro de Hispanoamérica, lo cual resultaba en un proyecto egocéntrico de magnitudes incomparables ya que el poeta vestía un traje de misionero que venía a salvar a la humanidad de su caída y degradación contemporánea. La poesía se volvería el nuevo evangelio, y el lenguaje, el único vínculo del renacimiento del género poético (Oviedo, 306-311). En Huidobro la razón queda fuera de este ámbito “mesiánico”, lo cual en Juarroz tiene un peso inigualable y, por tanto, la razón no puede ser negada como el vínculo del poeta argentino, con su intuición. La razón para Juarroz, es una herramienta que le permite explicar lo incomunicable.

y no hay que comprenderla sino aceptarla. El poeta ha sido poseído por esa conciencia intuitiva que le dicta sentencias y le revela, más aún el *ser*:

Me están dictando cosas,  
 pero no desde otro mundo u otros seres,  
 [...] ¿O tal vez no estoy yo  
 y he dejado mi lugar  
 para que otro me dicte?  
 [...] no importa que el dictado  
 no lo comprenda nadie.  
 [...] Ser no es comprender. (VIII, 86)

Temáticamente, menciona, Horacio Centanino, “los poemas de Juarroz asemejan una pesquisa intelectual cuyo objeto es indeciblemente huidizo, esto es, el mayor y más oscuro de los temas, el *ser*”. Debido a estas características, señala, Centanino, la poesía de Juarroz ha sido llamada “mística” (4). Su pasión, aún así, excede su severa ejecución formal y se manifiesta como disciplina creativa latente a lo largo de una vida entera por esa búsqueda del silencio, para saber si a partir de éste, el mundo puede ser re-creado a través de una metafísica que prescindiera de símbolos.

La cuestión sería, entonces, si podemos nosotros postular a Juarroz como un místico moderno o simplemente un existencialista que coquetea con la mística desde la percepción y exposición intuitiva del mundo. Henri Bergson ha mencionado que si existe un medio de poseer la realidad absolutamente y colocarse en ella en lugar de adoptar narrativas establecidas y poder atribuir a la intuición su propio análisis más que a la razón, en fin, aprehenderla fuera de toda expresión determinante o simbólica, sería en ese momento cuando estemos hablando, pues, de una metafísica del *ser* (8). Hay bajo esos prismas juarrozianos una continuidad del fluir del mundo que no es comparable con nada de lo que anteriormente el poeta se percata y ha visto. Hay en el poeta una sucesión de estados verticales en que cada uno anuncia el que sigue, desmoronando así el que precede. Los estados múltiples se han dejado atrás y el poeta contempla su huella con una perspectiva de devastación. Esa huella tiene que ser borrada, porque el poeta se da cuenta que esos estados se han prolongado unos con otros y esa dinámica ya no ofrece garantías. El presente significa también memoria, Juarroz no la niega, sino que la pone a un lado para iniciar como una *tábula rasa* en una travesía por una *duración*<sup>9</sup> que excluya toda idea de yuxtaposición, de exterioridad recíproca y de extensión, para renovar cada momento de llegada al extremo de la *cosa* verticalizada; veamos los siguientes versos:

El centro no es un punto.  
 Si lo fuera, resultaría fácil acertarlo.  
 No es ni siquiera la reducción de un punto a su infinito.  
 El centro es una ausencia,  
 de punto, de infinito y aun de ausencia. (II, 16)

---

<sup>9</sup> Entiéndase, aquí, el término como el espacio de vida de una cosa o de un acontecimiento, esto es, los límites de su existencia en el tiempo. *Duración*, si se quiere, se propone como totalidad del espacio de vida de una cosa, como una indefinida permanencia de la existencia en el tiempo. Así, que en Juarroz adquiere connotaciones como dato de la conciencia despojado de toda supra-estructura simbólica o reconocido en su fluidez originaria. Es así, una corriente fluida que se no se corta cada vez que Juarroz, llega al extremo de la cosa verticalizada, sino que a cada llegada se atribuye una característica de novedad y totalidad (cf. Bergson: 1999, 358).

Juarroz penetra la duración a través de la noción de ausencia y esto nos remite a lo que se exponía ya en páginas anteriores: Juarroz se adentra en la duración y la temporalidad, primero como un ente aislado, eyectado, solo. Después por efecto de la intuición, se da cuenta de dicha condición y la potencialidad de ésta para poder emitir, de manera contestataria, una posible vía que re-establezca la relación del hombre con la divinidad y, en este sentido, será posible un conocimiento interior absoluto de la duración del yo, por el yo mismo. Es por ello que la experiencia poética de Juarroz se reclama como una experiencia metafísica, a partir de la intuición y, conviene entonces, retomar el cuestionamiento de la condición mística<sup>10</sup> del propio poeta. Para Juarroz, llegar a la intuición no significa transportarse fuera del dominio de la conciencia, tomar una postura como tal sería caer en un error kantiano<sup>11</sup>. Para el poeta el tiempo en el que está colocado y el espectáculo que ello representa, es una trayectoria vertical que su conciencia ha reducido a polvo para facilitar la acción transformadora de las cosas y el mundo. Es así que, Juarroz se revela como individuo al hablar del tiempo y proponer una imagen doliente del mismo desde el punto de vista de la Historia; esa que duele y se carga como una cruz y penitencia.

En un pasaje de la *Fenomenología de la percepción*, Merleau-Ponty señala que la subjetividad no es identidad inmóvil consigo misma y, como al tiempo, le es esencial para ser subjetividad que se abra a un otro y que salga de las inmediaciones de sí misma (431). Es así que se puede decir que tanto subjetividad como temporalidad, están fusionadas en la “intersubjetividad” y el poder acceder a cada una de ellas está dirigido por ellas mismas. El tiempo se hace presente a través del presencia de los demás y, el camino a los demás y a nosotros mismos está manejado y movido por el tiempo, es un desdoblamiento, un movimiento del movimiento, una búsqueda, -vertical encuentro-. El “otro” está en el origen del tiempo y, por qué no, en el origen de lo que el poeta ha sido, es y se proyecta a ser. Lo importante es la revelación de esta negociación por la que esta presencia del otro se hace condición de la presencia-del-poeta- para-el-poeta a través de la intuición, la propia. La temporalidad no es un anti-escenario tras bambalinas contra el que el poeta rememora los acontecimientos de su existencia sino que se revela como cierto tipo de origen ya que implica un descubrimiento en el cual el ente se descubre a sí mismo, y es en ese momento en que hace experiencia de sí y también del otro, como se lee en los siguientes versos:

[...] Yo no tengo más tiempo que el que nunca fue tiempo  
y el futuro es una cruz en la espalda.  
Mañana viajaremos hacia el ayer desnudo  
como un cero a una cifra  
[...] sobre un tiempo distinto  
la absoluta coincidencia  
[...] de lo que no era un punto, sino el tiempo de un punto.

---

<sup>10</sup> He descrito esta condición en otro ensayo que he titulado: “Roberto Juarroz: entre la mística y el desamparo”. Dicho trabajo aparece publicado en la edición de mayo- junio 2008 de la revista Destiempos.

<sup>11</sup> Luego de probar con argumentos decisivos que ningún esfuerzo dialéctico nos introducirá jamás en el más allá y que una metafísica eficaz sería necesariamente una metafísica intuitiva, agregé que esta intuición nos falta y que esa metafísica es imposible. Lo sería, claro, si no hubiera otro tiempo y otro cambio que los que Kant percibió y con los cuales tenemos que tratar; pues nuestra percepción usual no podría salir del tiempo ni percibir otra cosa que el cambio (cf. los “Axiomas de la intuición” en *Crítica de la Razón Pura*, 129-164)

[...] Hay un tiempo del tiempo,  
[...] una duración duración. (II, 5)

Es claro que en la concepción del mundo del ente en la poesía de Juarroz posee relaciones innegables con la postura nihilista del siglo XIX. Y entiéndase aquí que hablamos de lo que Nietzsche llama el “nihilismo activo”.<sup>12</sup> No se trata en Juarroz de sólo una negación del devenir, sino una proposición activa, un asumir la situación para crear un proyecto hacia una eventual superación. Si bien en la poesía de Juarroz no hay referencialidad histórica y como dice Centanino:

La obsesión de Juarroz está localizada en el fundamento último de [una] realidad exterior a la que su poesía trata de dar cuenta con el verso [...] enteramente vehicular. Esa realidad exterior, empero, asume protagonismo en tanto reveladora de un ámbito metafísico que constituye el inquietante núcleo temático de su poesía. En medio de las turbulencias políticas y sociales que vivió su país y todo el continente en la segunda mitad del siglo XX, el silencio absoluto de Juarroz respecto de estos temas lo convierte indudablemente en un *rara avis* entre sus pares regionales (3).

Dicho silencio, del cual hace mención el crítico uruguayo, no es sólo una postura no-propositiva, sino una postura bien delimitada por su proyecto poético como una desvalorización que se da en el plano de la conciencia del poeta y, a su vez, en el terreno de su propia vigencia y operatividad mundana. El fenómeno evidente de ello se presenta en el cuestionamiento del Dios cristiano -que el poeta percibe- como objeto de creencia, pero la acción de sus creyentes o de la institución que administra esta fe ya no se fundamenta en Él. Es por ello que podemos proponer que, en Juarroz, se presenta una muerte de Dios y que su presencia es tan fraudulenta que sólo se encuentra en el ámbito del ente como creencia y no como existencia. Pareciera que, en Juarroz, aparece una vinculante afirmación del derecho al libre culto, pero no es así, porque si no, sería una postura relativa la que le atribuiríamos al poeta y, éste camina en las inmediaciones de lo absoluto.

El poeta trastoca la historiografía occidental que, en su momento, estuvo colmada por una concepción de una vida en plenitud sin ninguna necesidad de redención o de salvación, es decir, que no se tenía la necesidad de ultramundos que justificasen el dolor por medio de la inducción de falsas esperanzas. Es claro que como Nietzsche, el poeta replantea el platonismo; pero es más severo el cuestionamiento del poeta acerca del elemento de redención divina para soportar el dolor. Así Juarroz cuestiona la negación de la muerte, la finitud humana y el dolor. Es posible ver en el trasfondo de esta poética la oposición entre autenticidad e inautenticidad que ha sido el

---

<sup>12</sup> Cf. el ensayo crítico sobre “La voluntad de dominio” que escribe Gianni Vattimo en el cual se pregunta si ¿es verdad que la Filosofía, después del Nietzsche, ha de convertirse en una actividad meramente estética, en la medida en que la disolución de la idea de Dios y de la idea misma de fundamento sólo puede dar lugar a una conclusión de este tipo? Vattimo menciona que no es posible afrontar la obra de Nietzsche manteniendo una actitud exclusivamente filológica, limitándose a una pura y simple actividad de aclaración, exposición y reconstrucción “objetiva” de su pensamiento. Por un lado, es necesario liberar su figura de las incrustaciones mitológicas (a veces también manipulaciones) que nos ha legado un siglo de interpretaciones. Por otra parte sobre todo pensando en quienes consideran que Nietzsche es un pensador decisivo para nuestro presente –menciona Vattimo- es imposible pensar en una lectura “definitiva”: sus interpretaciones acaban por poner en juego, inevitablemente, la subjetividad del intérprete (300).

punto central de todo el pensamiento de Nietzsche desde un comienzo y que se trasladará -ya en siglo XX- al pensamiento de Heidegger<sup>13</sup> sin perder su carácter de fundamentación metafísica. Es así, que la muerte y, la creencia en ella, con todo lo que esto conlleva, es un fraude para el poeta argentino:

Hay pocas muertes enteras.  
Los cementerios están llenos de fraudes.  
Las calles están llenas de fantasmas.  
[...] La muerte cada vez es más insegura.  
La muerte es una experiencia de vida.  
Y a veces se necesitan dos vidas  
para poder completar una muerte.  
[...] Las campanas doblan siempre lo mismo.  
Pero la realidad ya no ofrece garantías  
y no basta vivir para morir. (VI, 25)

Heidegger en su obra cumbre, supera las limitaciones de la filosofía del sujeto, que entiende la subjetividad como una instancia cerrada. A pesar de que Husserl, como menciona Carrasco Pirard, ha dado pasos importantes en el estudio de esta directriz al introducir en su caracterización de la conciencia el concepto de “intención”, Heidegger estima que su pensamiento ha quedado atrapado en el terreno del sujeto, sin dar una explicación definitiva, del proceso por el cual la conciencia sale de su propio ámbito para acceder a lo que no es ella (75). En la poesía de Juarroz es notable que la noción de hombre se presenta como una posición de apertura al *ser*. Sin ahondar en el “*ser ahí*” heideggeriano, podemos decir que el poeta argentino nos propone un ente abierto al *ser*, un ente donde el *ser* se manifiesta como *ser*, sin ser comprendido como un ente constituido como ente referencial. El giro que le da Juarroz a esta referencialidad un tanto heideggeriana, es que dicha referencia de la que habla en su poesía, tiene que ver con la búsqueda de la extraviada sintonía entre el ente y lo divino. El poeta necesita desechar los antecedentes de Dios y re-vivir la relación con la divinidad, de otra manera. Lo único que le queda para probarlo es la locura o la poesía y, afirmo que opta por la última:

¿Es la poesía un pretexto de la locura?  
¿O es la locura un pretexto de la poesía?  
¿O las dos son un pretexto de otra cosa,  
de otra cosa excesivamente justa  
y que no puede hablar? (*Poesía y realidad*, 46)

Para poder comprender esta disyunción entre locura o poesía sería necesario abarcar una dialéctica temporal sobre el instante de la angustia en Juarroz. Menciona Rodolphe Adam que después de Freud, sería Lacan quien demostrara que la cuestión del deseo donde se juega la angustia se plantea para el sujeto en la dimensión temporal (88). El poeta traspasa los límites de la angustia en tanto que los hechos pasados pueden repetirse o se siguen repitiendo y eso, para él, es inaceptable. Es por ello que se instaura

---

<sup>13</sup> Cf. la sección de la obra del filósofo alemán en referencia a “El ‘ser ahí’ y la temporalidad” en su obra *El ser y el tiempo* (pp. 253-328), traducida por José Gaos, recomendando enorme cuidado en su versión y tratamiento sobre “ser” y “estar” ya que hasta hoy dicha obra sigue presentando imprecisiones de traducción que dificultan la comprensión adecuada de la misma.

en lo que Kierkegaard ha llamado el “vértigo de lo posible”.<sup>14</sup> Existe una condena, en la poesía juarroziana, por la repetición, ya que el pasado es algo modificable, incluso más que el presente. El poeta propone colgar el tiempo en un muro, como si fuese un cuadro o un laberinto al que se prohíbe volver a entrar. Para Juarroz, el intercambio de las cosas, como él lo llama, debe ser lo más importante; sin dicho intercambio no hay riesgo y, sin riesgo se cae en la infidelidad a uno mismo y por tal, se inscribe en esa infidelidad un alejamiento de lo divino, del nuevo mundo a crear. Hay que atender a un silencio vacante que espera por nosotros -según el poeta- ahí, en ese espacio donde se dará como una luz intuitiva la negación del olvido y el recuerdo; de tal manera que se dará la destrucción del palimpsesto que lo cerca y no le deja caminar.

Y es que tal vez se busque lo “otro” como eternidad. En Juarroz hay un deseo del “otro” a partir de la angustia kierkegaardiana. El ente en Juarroz, a la manera de Kierkegaard, tiene independencia dentro de la existencia. Dentro de la paradoja en la que el mundo se ha transformado, Juarroz, propone un salto, una vuelta de página -hay que arriesgarse a la posibilidad-, aunque ella le provoque angustia y, la angustia en Juarroz se hace perceptible en el siguiente poema:

No tengo a dios entre mis manos.  
Tampoco tengo al hombre.  
Pero tengo una ausencia  
que puede convertirse  
en cualquiera de ambos.  
[...] Son muchas las presencias  
que deben disolverse  
para hacer una ausencia  
que quepa entre las manos. (VI, 35)

¿Qué se espera del futuro, pues, en la poesía de Juarroz? La consecuencia que revela el futuro mucho antes de que éste se presente, sólo nos lleva a entender que en el trasfondo de esta disyuntiva de la ausencia, las manos, Dios y el hombre, al poeta sólo le queda la libertad -de la que es consciente-. La angustia, por tal, circunda dentro de sí esta libertad y silencio en que el poeta se ha postrado para ahora, efectivamente, cambiar su mundo, o por lo menos, comenzar con el proyecto. El silencio no necesita justificarse porque para Juarroz, éste es la música incesante de la *duración* y la conciencia; sólo hay que llamarle en un rito nocturno, en un rito de hambre, de fuego, de luz y vacío:

La música no necesita justificación.  
Ella no rompe el silencio:  
lo abre como un fruto maduro,  
[...] La música acompaña a la noche.  
[...] La palabra empieza en el hombre.  
La música puede empezar en cualquier parte.  
[...] La música es una reducción de la nada.

<sup>14</sup> Cf. la introducción a donde se articulan algunos de los conceptos en los que se apoya el existencialismo *El concepto de la angustia* cristiano. La angustia se relaciona con el pecado y con la libertad. Engendrada por la nada, alimentada por la impaciencia, surgida como “realidad de la libertad en cuanto posibilidad”, la angustia es “el vértigo de la libertad” y al mismo tiempo un medio de salvación que conduce a la fe, a la verdad que años antes de escribir este libro, el filósofo danés, confesaba buscar como sentido definitivo de su existencia: “es preciso encontrar una verdad, y la verdad es para mí hallar la idea por la que esté dispuesto a vivir y morir.” (5)

[...] La música completa lo invisible. (VII, 37)

Juarroz atiende, pues, a la búsqueda de otros motivos para así desplegar su búsqueda metafísica. La escasez, aparente de metáforas lexicalizadas, lo lleva a buscar una metáfora que le dé repuestas, a través de la creación de nuevas significaciones, elaborando así, una profunda manera de preguntar o preguntar-se-el-mundo y Dios. Más que atender a una carencia semántica, la problemática de Juarroz se vincula con lo que Ricoeur<sup>15</sup> atribuye a la metáfora viva. El teórico francés provee el poder de obtener nuevas significaciones, a través de dicha metáfora contra la impertinencia semántica, además que ésta, puede dar a conocer nuevos aspectos de la realidad por medio de la innovación de tipo, claramente, semántico. Juarroz se inscribe en una ramificación del lenguaje poético-especulativa en tanto que su poética atiende a una metaforización sobre una metafísica del *ser*. Hablar de la acción de metaforizar en Juarroz nos tiene que llevar a ver que el poema no funciona como un adorno al aforismo filosófico sino todo lo contrario. Es así que nos enfrentamos ante una poesía pensante, refiriéndonos con esto a la intrínseca relación con los poetas que “poetizan” sobre el lenguaje<sup>16</sup>:

La palabra que llega  
 como un proyectil envuelto en terco terciopelo  
 y estalla al ponerse en contacto  
 con la espera del hombre  
 revela la explosiva epifanía  
 que se agazapa como un resorte visionario  
 en el núcleo de todas las cosas.  
 [...] Puede venir del fondo del silencio  
 [...] como un seco brote de abismo  
 [...] volverse visible.  
 [...] La palabra que al final se destruye  
 en su propio estallido. (IX, 26)

No hay poesía sin silencio y sin soledad, según el poeta. La poesía es, por tal, para Juarroz la forma más pura de ir más allá del silencio y más allá de la soledad. Según Juarroz, la poesía es como la oración para aquél que todavía puede orar (*Poesía y realidad*, 27). Para Juarroz la poesía, como una metáfora de la oración, la remplaza y al mismo tiempo confirma dicha jaculatoria. El poeta se presenta como solitario ante el lenguaje, pero esa soledad es su misma salvación. Esa soledad lo hace encontrarse con la noción de la pertenencia a un absoluto o a una eternidad. La eternidad de Juarroz, es su libertad con el lenguaje.

¿Hay espera o esperanza en Juarroz? La respuesta, la afirmativa, atiende a la primera opción. La espera es uno de los núcleos más decisivos de la poesía para Juarroz; una espera como una posibilidad de proponer la aparición de Dios o tal vez e, irremediamente su partida. La poesía está, en el poeta, al servicio de esta espera “proyectada por la palabra en el misterio que es el proceso creador del hombre” (*Poesía y realidad*, 31). Es imprescindible e impostergable para el poeta, la re-sacralización del mundo y devolverle al ente su trascendencia originaria. Los horizontes del mundo juarroziano se hacen trascendentes por la noción de una presencia, una presencia que

<sup>15</sup> Cf. su estudio sobre “la metáfora y el discurso filosófico” en su obra *La metáfora viva* (339-412).

<sup>16</sup> Ricoeur establece este postulado haciendo un estudio de Hölderlin.

abre una entrada y viene hacia él. La presencia del silencio ha puesto en claro el sentido que, para el poeta, tiene la existencia como una metáfora del aislamiento como parte de su proceso nihilista. En todo ello y, a través de la conciencia intuitiva, el silencio aparece, entonces, como el paradigma que lo ha inclinado ha recrear -con el lenguaje- un mundo posible, demostrando que la realidad ha resistido y da pie para la recomposición de las nociones de la existencia, por medio de un ordenamiento a partir del existente, del absoluto y Dios. Hemos presenciado cómo Juarroz se ha inscrito en una poética de la metáfora re-vivificada; una metáfora del tiempo y el destiempo en que la muerte y la soledad van juntas para transitar verticalmente dentro del propio silencio. Es así que con la muerte en las manos, Juarroz le hace cuestiones al silencio, le exige, en sus propios términos, garantías para el grito y calcula su dosis de respuesta, mientras que una de sus dos manos se ha quedado vacía y, augura que, nunca sabrá cuál de las dos es ella. Tal vez, representa dicho estadio el inicio a otra cosa, a otra aventura, a otra travesía.

## OBRAS CITADAS

- ADAM, RODOLPHE. *Lacan y Kierkegaard*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2007.
- ABBAGNANO, NICOLÁS. *Diccionario de Filosofía*. México: FCE, 1985.
- BERGSON, HENRI. *Introducción a la Metafísica*. México, Porrúa, 2004.
- \_\_\_\_\_. *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia*. Salamanca (España): Ediciones Sígueme, 1999.
- CENTANINO, HORACIO. “Roberto Juarroz: una poética del ser”. s.e.
- DREWERMANN, EUGENE. *Giordano Bruno o el espejo de lo infinito*. Barcelona: Herder, 1995.
- HEIDEGGER, MARTIN. *¿Qué es la filosofía?* Barcelona: Herder, 2006.
- \_\_\_\_\_. *El ser y el tiempo*. México: FCE, 2007.
- HIRSCHBERGER, JOHANNES. *Historia de la Filosofía*. 2 vols. Barcelona: Herder, 1997.
- JUARROZ, ROBERTO. *Poesía vertical: Obra completa*. 2 vols. Buenos Aires: Emecé, 2005.
- \_\_\_\_\_. *Poesía y realidad*. Valencia: Pre-Textos, 2000.
- KANT, IMANUEL. *Crítica de la Razón Pura*. México: Porrúa, 2005.
- KIERKEGAARD, SOREN. *El concepto de la angustia*. Madrid: Alianza, 2000.
- LEVINAS, EMMANUEL. *El Tiempo y el Otro*. Barcelona: Paidós, 1993.
- MERLEAU-PONTY, M. *Fenomenología de la percepción*. Barcelona: Península, 1975
- OVIEDO, JOSÉ MIGUEL. *Historia de la literatura hispanoamericana*. 4 vols. Madrid: Alianza, 2001.
- PABLOS, JUAN. *La fidelidad al relámpago: Conversaciones con Roberto Juarroz*. México: Los Libros del Arquero, 1998.
- PIRARD CARRASCO, EDUARDO. *Heidegger y la historia del ser*. Santiago: Universitaria,

2007.

RICOEUR, PAUL. *La metáfora viva*. Madrid: Trota, 2001.

SCHWARTZ, JORGE. *Las vanguardias latinoamericanas: textos programáticos y críticos*.

México: FCE, 2002.

VATTIMO, GIANNI. *Diálogos con Nietzsche: ensayos 1961-2000*. Barcelona: Paidós, 2002.